



José María Ridaó
Filosofía accidental

Ensayos sobre el hombre y el Absoluto

Galaxia Gutenberg

© Archivo Galaxia Gutenberg

José María Ridaó nació en Madrid en 1961 y es licenciado en Filología árabe y en Derecho. En 1987 ingresó en la carrera diplomática, que lo llevó a ejercer en Angola, la Unión Soviética, Guinea Ecuatorial y Francia. En el año 2000 decidió abandonarla para dedicarse exclusivamente a la reflexión y a la literatura.

En Galaxia Gutenberg ha publicado los ensayos *El pasajero de Montauban* (2003), *Weimar entre nosotros* (2004), *Elogio de la imperfección* (2006) y *Contra la historia* (2009), las ediciones *Dos visiones de España* (2005) y *Por la gracia de Dios: catolicismo y libertades en España* (2008), así como las novelas *El mundo a media voz* (2001) y *Mar muerto* (2010).

«En una época en la que abundan los pensadores que distribuyen el pienso al ganado lector y los Pangloss de turno deslumbran al público con frases como "la débil densidad vital de los visigodos" explica nuestro ADN actual, un libro como el de José María Ridaó es un bienvenido regalo y oportuno motivo de reflexión. Sus consideraciones en torno al hombre y el Absoluto, a la invención del Absoluto por el hombre abarcan los diferentes aspectos de dicha abstracción desde el concepto y proclamación de lo universalmente válido y del ejercicio de la condigna superioridad que ello procura hasta el hecho de basar el origen de la Creación en un relato que sustituye el lenguaje racional por un lenguaje narrativo que hay que creer a pies juntillas so pena de convertirse en réprobo a ojos de quien se autoerige en su portavoz. El repaso a figuras tan dispares como Sócrates, San Agustín, Dante, Dostoievski, Tolstói o Proust es tan innovador como estimulante. El señuelo de la verdad absoluta, dice Ridaó, nos hace olvidar que la verdad proferida por el ser humano es siempre relativa y sujeta a menudo a prescripción.»

Juan Goytisolo

JOSÉ MARÍA RIDAO

Filosofía accidental

Ensayos sobre el hombre
y el Absoluto

V Premio Internacional de Ensayo Josep Palau i Fabre

Galaxia Gutenberg



Un jurado compuesto por Tzvetan Todorov, Wolf Lepenies, Enrique Vila-Matas, Jordi Llovet y Tomàs Nofre concedió a esta obra el V Premio Internacional de Ensayo Josep Palau i Fabre.

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Edición en formato digital: marzo 2015

© José María Ridaó, 2015
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2015
Fotografía de portada: *Manos*, Saul Leiter, c. 1959.
© Estate of Saul Leiter/ Courtesy Howard Greenberg Gallery

Conversión a formato digital: gama, s.l.
Depósito legal: DL B 3079-2015
ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-16252-61-9

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, a parte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

La exégesis sepultó al texto.

FRIEDRICH NIETZSCHE

Metéle, O'Donell.

ANÓNIMO

La banalidad no se denuncia, la banalidad se desmiente arriesgándose a acometer una ambición que no sea banal. Denunciar la banalidad es incurrir en un segundo grado de la banalidad, el grado de la banalidad que denuncia la banalidad. Este segundo grado de la banalidad está a su vez condenado a la banalidad, sobre la que tarde o temprano recaerá una nueva denuncia. El diagnóstico que proporciona la denuncia de la banalidad no evita que la banalidad siga siendo banalidad, lo mismo en el segundo grado que en cualquiera de los grados sucesivos. Cada nueva denuncia de la banalidad condena como banalidad una denuncia anterior.

La idea de que a través de un diagnóstico que se resume en la denuncia de la banalidad el hombre puede liberarse de la banalidad es un espejismo, porque al denunciar la banalidad, la banalidad se ratifica. Más denuncia el hombre la banalidad y más la ratifica, enfrentándose a la misma impotencia que los actores que provocan la hilaridad del público cuando más desesperadamente le advierten de que hay fuego en el teatro. Esa impotencia puede llevar a aceptar que el hombre está condenado a la banalidad. Pero también puede llevar a creer que, más allá de la banalidad que se denuncia, debe de existir un porqué que dé cuenta del universo, una idea profunda que revele el indescifrable sentido de la existencia, una incontestable sabiduría que fortalecerá el libre albedrío, que se alcanzará a través de la denuncia de la banalidad. Pero esta forma de señalar hacia lo que debe de existir más allá de la banalidad sólo garantiza que el hombre no pueda escapar de la banalidad, porque no es más allá de la banalidad, no es, en definitiva, más allá en cuanto que inalcanzable más allá, donde

el hombre debe mirar, porque el inalcanzable más allá es el reino del Absoluto.

Una ambición que no sea banal es a fin de cuentas una ambición, en la que se puede fracasar como al acometer cualquier otra ambición. Pero, a diferencia de la denuncia de la banalidad, el fracaso al acometer una ambición que no sea banal no ratifica la banalidad. La denuncia de la banalidad, en cambio, no se expone a ningún fracaso, pero por eso mismo ratifica la banalidad. Tampoco proporciona ningún diagnóstico, salvo que por diagnóstico se entienda la banalidad de denunciar la banalidad, sabiendo que esa denuncia será a su vez denunciada. Por temor al fracaso acometiendo una ambición que no sea banal, estos tiempos, al igual que otros tiempos del pasado, al igual, quién sabe, que todos los tiempos, prefieren entender como diagnóstico la banalidad de denunciar la banalidad. Es como si, en ellos, el hombre se hubiera resignado a convertir en espectáculo la advertencia de que hay fuego en el teatro. Lo hay y los actores lo saben y también lo saben los espectadores, y aun sabiéndolo, unos y otros se muestran dispuestos a cumplir el papel que exige el espectáculo en lugar de tomar conciencia de que es hacia ellos mismos hacia donde deben mirar. Los actores cumplen el papel de advertir que hay fuego en el teatro para provocar hilaridad, y los espectadores, el de tomar con hilaridad la advertencia de que hay fuego en el teatro. El éxito del espectáculo está garantizado, pero también el fuego.

Por temor al fuego, estas páginas acometen una ambición que no quiere ser banal.

París, 27 de junio de 2014

PRIMERA PARTE

El Absoluto

El Absoluto y la verdad

El clamor de victoria con el que el hombre celebra el hallazgo de la verdad es la única verdad que permanece, porque el clamor de la victoria es a fin de cuentas la única verdad. La verdad que se busca y que regularmente se declara averiguada es tan efímera al trasluz de los siglos como los monarcas ordenados según el linaje de cifras romanas de una dinastía, que se mantienen en el trono uncido a la rueda del tiempo mientras la frágil biología del hombre les acompaña y las buenas cosechas arrullan el sueño del coloso de la revuelta, absteniéndose de saciar la voracidad de la historia con la carnaza tautológica de una fecha histórica. Que quede claro cuanto antes: la búsqueda no es búsqueda, es farsa. La farsa que Nietzsche ilustra a través de la imagen del hombre que esconde algo en una zarza y, a continuación, se pone a buscarlo para declararlo verdad cuando lo encuentra. La farsa, la metáfora de la búsqueda de la verdad seduce a partir de un artificio exuberante, pero del mismo modo que otros artificios igualmente vistosos como comparar a Dios con un motor, los acontecimientos del pasado con las páginas de un libro o la eternidad con las arenas de una playa donde cada grano es un milenio, sirve al propósito de atraer la atención hacia el envoltorio metafórico mientras se maniobra con la sustancia metaforizada, ocultándola bajo las apariencias.

La sustancia metaforizada que la metáfora de la búsqueda de la verdad oculta no es el universo a oscuras donde el hombre palpa el vacío a la espera de realizar el prodigio de reconocer la verdad en algo que previamente no conoce, sino la categórica afirmación de que la verdad no es inmediatamente accesible al hombre. La verdad, sostiene la sus-

tancia metaforizada de la metáfora, reclama alguna credencial, y la búsqueda, que como credencial no es menos arbitraria que la niñez, la ebriedad, la flagelación, el ascetismo o la locura, presenta, sin embargo, la incomparable ventaja de sobrevolar todos los significados sin comprometerse con ninguno. La mayéutica de Sócrates es búsqueda; el silencio cisterciense es búsqueda; la algarabía que provoca el *tarub* en las medinas laberínticas del Magreb es búsqueda; el método inductivo es búsqueda; el método deductivo es búsqueda; el psicoanálisis es búsqueda; incluso el arte es búsqueda también. La seducción que ejerce la metáfora de la búsqueda de la verdad distrae al hombre con el envoltorio metafórico, empujándolo por el camino sin término de discernir entre las distintas formas de búsqueda después de establecer que la verdad es una, sólo una, y el error múltiple. Más que ilustrar la categórica afirmación de que la verdad no es inmediatamente accesible al hombre, la metáfora de la búsqueda de la verdad la consagra como principio: desde el momento en que, seducido por el artificio exuberante de la metáfora, el hombre se dispone a buscar la verdad, el acceso a la verdad deja de ser inmediato, y entonces comienza una búsqueda literal de la verdad que obedece, no a que la verdad esté escondida, sino a que previamente el hombre ha emprendido una búsqueda metafórica de la verdad, seducido por el artificio exuberante de la metáfora. Los términos del conocimiento se invierten y, al invertirse, se precipitan en una circularidad sin escapatoria: si el hombre, que no conoce la verdad, la busca, no es porque esté escondida, sino que está escondida porque la busca, de modo que, cuando la encuentra, la certeza de que ésa sea la verdad, ésa y no otra, se desvanece, y la búsqueda debe recomenzar.

La circularidad sin escapatoria a la que conduce la metáfora de la búsqueda de la verdad quedaría conjurada si, en lugar de imaginar que busca la verdad, el hombre tomase conciencia de que lucha por ella, rechazando adherencias

simbólicas. A diferencia de la búsqueda, que se relaciona con un desenlace único a través de un sujeto también único, que alcanzará o no la recompensa del descubrimiento, la lucha se relaciona con dos desenlaces alternativos y simultáneos a través de dos sujetos distintos, uno que se alza con la victoria y otro que padece la derrota. La búsqueda de la verdad y la lucha por la verdad coinciden en sugerir que la verdad no es inmediatamente accesible para el hombre; difieren, sin embargo, en la consideración implícita de la naturaleza de los obstáculos que se interponen entre el hombre y la verdad. Los obstáculos que debe sortear el hombre si ajusta su acción a la metáfora de la búsqueda de la verdad pertenecen al orden de los objetos y los fenómenos, a menudo son inertes y no responden a ninguna voluntad, salvo, si acaso, a la de un Dios creador. La verdad que se busca en la metáfora de la búsqueda de la verdad se limita a estar, yace en algún lugar recóndito del infinito y heterogéneo universo agazapada como un animal receloso en la oscuridad, emitiendo constantes señales para que no se ignore su existencia pero resistiéndose a salir de la caverna donde la hoguera de Platón hace danzar las sombras con las que el conocimiento del hombre se conforma. Para esta verdad la diferencia entre la plegaria y el experimento se difumina, confundidos con ritos distintos de distintos credos. Si la plegaria es grata a Dios, el soldado regresará de la guerra, concebirá la mujer estéril o el cielo verterá la lluvia sobre los campos sedientos. Si el experimento encuentra la verdad en su guarida, la pluma y la llave lanzadas desde el campanario alcanzarán el suelo al mismo tiempo, la luna eclipsará al sol alineándose con la tierra y la trayectoria de la luz se curvará en las proximidades de la masa. En cada caso, el hombre comparece interrogando ante el altar de la fe o ante el de la experiencia, y la verdad que se busca en la metáfora de la búsqueda de la verdad le envía señales.

Los obstáculos que debe sortear la verdad que proporciona la lucha por la verdad no pertenecen al orden de los objetos y los fenómenos sino al hombre, no yacen inertes sino que se interponen, y responden a la voluntad, a cualquier voluntad, excepto a la de un Dios creador, que, por ser único, por ser omnipotente, no admite resistencia ni contradicción. Puesto que la búsqueda de la verdad es una metáfora que ha hecho fortuna hasta el punto de redefinir la noción de verdad y la de búsqueda, convenciendo al hombre de que pertrechado de un farol y poniéndose en camino puede reconocer lo que previamente no conoce, y ver en ello la verdad, una engañosa semejanza invitaría a suponer que la lucha por la verdad también lo es. La lucha por la verdad, a diferencia de la búsqueda de la verdad, no es una metáfora ni enfrenta al hombre con los obstáculos que interpone el orden de los objetos y los fenómenos, sino al hombre con los obstáculos que interpone el hombre. La verdad de la lucha por la verdad no está oculta como la de la búsqueda de la verdad, sino que se mantiene oculta, de manera que, por su parte, la lucha de la lucha por la verdad no puede consistir en otra cosa que no sea desafiar la voluntad que la mantiene oculta. De haber sido metáfora, la lucha por la verdad habría fracasado en el intento de distinguir el envoltorio metafórico de la sustancia metaforizada, atrayendo la atención del hombre: la lucha de la lucha por la verdad es lucha literal, lo mismo que la verdad es la verdad, de tal forma que si la verdad no se conociera antes de comenzar la lucha, o hubiera duda de que lo fuese, la lucha no se entablaría.

La mentira o el disimulo no son los únicos obstáculos a los que puede enfrentarse el hombre que se lanza a la lucha por la verdad para averiguar la verdad oculta; también una verdad puede ser el obstáculo de otra verdad, y en este caso la lucha de la lucha por la verdad adopta los rasgos de la ordalía y renuncia a los de la epopeya, donde el lenguaje narrativo se subroga desde el comienzo en el punto

de vista del hombre enarbolando la verdad que lo arroja a la lucha. En la ordalía, sin embargo, el lenguaje narrativo se mantiene en la equidistante expectativa de que el desenlace de la lucha dirima qué verdad de las verdades recíproca y deliberadamente ocultas es la verdad, y qué verdad es el obstáculo. No por mantenerse en la equidistante expectativa el lenguaje narrativo se transforma en lenguaje racional, salvo que la racionalidad fuera a su vez una metáfora cuyo envoltorio metafórico exhibiese un vistoso aparato de reglas indisponible para disimular una sustancia metaforizada que se reduciría a proclamar viva quien vence. Viva quien vence es, en cualquier caso, lo que proclama la ordalía, cuyas reglas establecen que una verdad derrotada deja de ser una verdad. La sorpresa aguarda al desenlace: incluso cuando se aviene a dirimir qué verdad es la verdad mediante la ordalía, el hombre prefiere hacer suya la derrota antes que declarar derrotada la verdad por la que ha luchado.

En realidad, no faltan motivos para que lo prefiera. Si la derrota priva a la verdad de la condición de verdad, entonces el desenlace de la lucha por la verdad que se sustancia en la ordalía es concluyente, final, incontestable, definitivo. Deja de serlo si el hombre hace suya la derrota que según las reglas de la ordalía corresponde a la verdad, porque esa verdad sigue siendo una verdad por la que se puede volver a luchar en sucesivas ordalías. Que el hombre se aferre a la verdad asumiendo en la ordalía la derrota que le corresponde a la verdad expresa la firmeza de una convicción, y suscita la admiración que se niega, sin embargo, a quien sólo respeta las reglas mientras le son favorables; la otra cara, la cara que permanece en la oscuridad, deja constancia de cómo en la ordalía el hombre acepta sacrificar la libertad, encadenándose a sus actos. Cuanto más graves son los actos, más se encadena a ellos el hombre, en una sostenida progresión que queda a merced de la fatalidad cuando, en la ordalía, defender la verdad exige infligir sufrimiento, provocar devastación. Infligir sufrimiento, provocar devasta-